

Entrevista a Carlos Sallé, director de Políticas Energéticas y Cambio Climático de Iberdrola

PREGUNTA (P): ¿Cuál es el principal problema que, en su opinión, enfrenta la humanidad?

CARLOS SALLE (CS): Desgraciadamente es complicado elegir. La Agenda 2030 que aprobó la ONU en 2015 describe muchos problemas (pobreza, hambre, desigualdades, deterioro medioambiental, guerras...) de mucho calado que se tratan de resolver con los 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS). Pero hay un consenso bastante extendido de que el cambio climático, que trata de resolver el ODS 13, no sólo genera numerosos y graves problemas de manera directa (incrementos de temperatura, derretimientos de glaciares, incremento del nivel del mar, fenómenos extremos cada vez más frecuentes, más duraderos y más intensos) sino también que induce otros muchos, afectando negativamente a casi todos los problemas que trata de resolver cada uno del resto de los ODS. Por ejemplo, el



cambio climático genera condiciones que aumentan la pérdida de biodiversidad (ODS 14 y 15); aumenta las sequías y, con ello, la pobreza (ODS 1), el hambre (ODS 2), el acceso al agua (ODS 3), principalmente en zonas deprimidas, con especial incidencia en mujeres (ODS 5) y niños; destruyendo infraestructuras y sistemas productivos (ODS 8) y empleos (ODS 9); aumentando las desigualdades (ODS 10); generando grandes migraciones hacia las ciudades, que se ven presionadas socialmente (ODS 11) y dando lugar al agrava-

miento de situaciones susceptibles de generar conflictos (ODS 16)...

P.: Por eso resulta clave para resolver otros grandes retos.

CS.: Resolver el problema del cambio climático permite resolver los numerosos problemas directos que genera y facilitar el trabajo necesario para conseguir las metas del resto de los ODS. Por eso siempre digo que luchar contra el cambio climático no es costoso, porque los costes para hacerlo son mucho menores que los costes de los problemas que está generando ya, como pérdidas de infraestructuras, de biodiversidad, de cosechas, de productividad, de vidas humanas, etc. Lo que pasa es que la gente no es consciente de que ya estamos pagando muchas cosas a

“Luchar contra el cambio climático no es costoso, porque los costes para hacerlo son mucho menores que los costes de los problemas que está generando ya, como pérdidas de infraestructuras, de biodiversidad, de cosechas, de productividad, de vidas humanas, etc.”

través de los impuestos para resolver los problemas que genera el cambio climático (hospitales, apoyo a agricultores por las pérdidas de sequías o tormentas extremas, etc.), y que lo que hay que hacer es evitar las causas para que no se sigan dando esos costes.

P.: Ha afirmado anteriormente que necesitamos “reconciliar a *Homo sapiens* con la naturaleza”, ¿qué quiere decir con esa expresión?

CS.: En un artículo que escribí recientemente aludía a la obra *Sapiens* del escritor israelí Yuval Noah Harari, que desarrollaba de manera contundente cómo, a lo largo de la historia, los seres humanos habíamos sido un mal “compañero de viaje” para el resto de las especies que hemos poblado el planeta. Se ha destruido a lo largo de la historia mucha biodiversidad. Pero hasta hace pocos años el ser humano no era consciente de lo que ello significaba en términos de sostenibilidad. Ahora sí que sabemos lo que estamos haciendo, sus efectos acumulados y lo que puede ocurrir a futuro.

Pero, a diferencia de nuestros ancestros, tenemos la capacidad de revertir parte de la situación que hemos creado y, por lo tanto, reconciliarnos con la naturaleza y que dejemos de ser su principal

enemigo. Tenemos que entender que somos parte de ella. Y que tenemos que cuidarla no sólo por problemas de ética y moral hacia todas las especies, incluidos los humanos, actuales y futuras, sino por un enfoque egoísta, ya que los problemas no son algo futurible, sino que lo estamos sufriendo ya. Nos hacemos daño a nosotros mismos. Un daño que tiene crecimiento exponencial.

P.: El año 2015, la ONU aprobó la Agenda 2030. ¿Qué papel está jugando el mundo empresarial en la consecución de los 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) allí planteados?

CS.: Los problemas que plantea resolver la Agenda 2030 son de tal magnitud que no los pueden resolver de manera aislada los organismos multilaterales; o actuando solas las ONG; ni los gobiernos tomando decisiones unilaterales; ni mucho menos las empresas actuando por su cuenta. Es un tema de todos, y que sólo puede ser resuelto por la unión de todos aportando lo mejor que cada uno pueda hacer. Y por eso se añadió el ODS 17, que habla de esas “nuevas infraestructuras” que son las alianzas en el mundo de los ODS. Las empresas tienen capacidad de innovación, de generar empleos, de gestionar logísticas complejas, de financiar y

ejecutar inversiones sostenibles y posteriormente operarlas; son generadoras de conocimiento, de capacidad de contratación y de ejecución... Pero de nada sirve todo ello en un mundo sin buenas instituciones que garanticen la estabilidad; en un mundo en que las injusticias generen inestabilidad social; en un mundo en que las ONG no reconozcan el papel motor de las empresas, o con el viejo paradigma empresarial de que el único objetivo que debe buscar la empresa es maximizar el beneficio al accionista... Todos formamos un eco-sistema que debe funcionar asignando a cada uno un papel que los otros actores le reconozcan.

P.: En este escenario tan complejo, ¿cuál es el papel de la empresa?

Las empresas están integrando la Agenda 2030 en su forma de actuar. Hay veces que se querría que fuese más rápido, pero esta adaptación gradual al mundo de la Agenda 2030 también le está pasando al resto de los actores. En las empresas cada vez hay más tendencia a pasar del concepto de búsqueda de maximizar el dividendo financiero a los accionistas a entender que lo que hay que hacer es maximizar el dividendo social (que incluye el dividendo a sus accionistas, pero también lo que aporta la empresa como divi-

dendo medioambiental y como dividiendo social a la sociedad en la que está integrada) para un colectivo de actores mucho más amplio que el de sus accionistas.

P: ¿Vamos por el buen camino para alcanzarlos?

CS.: Sí y no. Sí porque está habiendo un movimiento muy intenso de adopción de la Agenda 2030 por parte de Administraciones, Empresas, Academia y Sociedad Civil en General. Y no, porque los problemas son tan grandes, y en muchos casos –como el cambio climático– creciendo de manera exponencial, mostrando que el ritmo que estamos siguiendo no es el adecuado.

Necesitamos más ambición y más urgencia por parte de todos. Y cuando digo todos, incluyo no solo a los actores señalados anteriormente (empresas, administraciones, universidades, ONGs...) sino, sobre todo, a los ciudadanos. Es importante que el ciudadano sepa del poder de sus pequeñas actuaciones diarias (sean de consumo, de inversión, de selección de partidos en las votaciones, de elegir empresas en las que trabajar...) porque lo que hacemos todos los ciudadanos cada día suman billones de actuaciones que pueden llegar a cambiar muchas cosas: promulgación de leyes, éxi-

“Es importante que el ciudadano sepa del poder de sus pequeñas actuaciones diarias (sean de consumo, de inversión, de selección de partidos en las votaciones, de elegir empresas en las que trabajar...)”.

to de empresas sostenibles y fracaso de las no sostenibles; etc.

Pero también necesitamos políticas que apoyen y aceleren las actuaciones sostenibles y penalicen y ayuden a desterrar las no sostenibles (por ejemplo, que se implemente el principio de “quien contamina paga”). Y necesitamos empresas que innoven e inviertan en tecnologías y modelos de negocio sostenibles; necesitamos sistemas financieros que ayuden a quien vaya en la dirección de la sostenibilidad y restrinjan el acceso a los mercados de capitales a los que no son sostenibles. Necesitamos una sociedad civil que actúe de notario y que sepa separar a los actores sostenibles de los que no lo son; una religión que siga promulgando la defensa de la “casa común” que es el planeta en el que vivimos y en el que vivirán las generaciones futuras de todas las especies; unos jóvenes que nos recuerden

“Necesitamos una sociedad civil que actúe de notario y que sepa separar a los actores sostenibles de los que no lo son; una religión que siga promulgando la defensa de la ‘casa común’”.

nuestras obligaciones para con su futuro. Y necesitamos centros formativos y científicos que sigan señalándonos cómo será el futuro si lo hacemos bien y si lo hacemos mal, y formen a los ciudadanos en la senda de solucionar los problemas que afronta la Agenda 2030.

P.: A menudo se señala a las grandes empresas energéticas como “culpables” de los problemas ambientales –en especial el del cambio climático– y como *lobbies* que o bien generan confusión en torno a las bases científicas del problema o bien presionan políticamente para ralentizar las políticas de descarbonización de la economía. ¿Qué respondería a esas críticas?

CS.: Lo primero es reconocer que gran parte del problema del cambio climático y de la contaminación local proviene de un modelo de crecimiento industrial de hace dos siglos, que generó el insostenible actual modelo de producción y

consumo. Hay que reconocer que dicho modelo de crecimiento económico generó avances sociales muy importantes, pero a costa de un importante deterioro medioambiental agravado sobre todo en el último medio siglo. Y dicho modelo de crecimiento se alimentaba a su vez de un modelo energético esencialmente basado en la quema de combustibles fósiles, tanto para producir electricidad como para transportarnos, calentarnos, refrigerarnos o producir distintos bienes.

Lo segundo es que hay que saber distinguir distintos sectores y empresas, dentro de ese “cajón de sastre” que se denomina “empresas energéticas” o “sector energético”. Y hay que distinguir desde diferentes perspectivas: a) Perspectiva de *base tecnológica*: hay empresas que se basan en tecnologías bajas en carbono (renovables, vehículos eléctricos) y otras en tecnologías que utilizan principalmente combustibles fósiles; b) Perspectiva de *estrategia de descarbonización*: hay empresas que, aunque tengan activos contaminantes, tienen planes estratégicos ambiciosos tendentes a disminuir su huella de carbono de manera que se adapten a un mundo que no supere los objetivos del Acuerdo de París; c) Perspectivas de *concienciación y ambición*: hay empresas que niegan la

existencia del cambio climático y que plantean que no es necesario actuar; empresas que lo reconocen pero plantean soluciones lentas porque señalan la transición energética como algo doloroso en términos de crecimiento y de pérdida de empleo; y hay empresas que reconocen el problema y que, además, actúan de manera urgente y con ambición.

“El coste de descarbonizar es mucho menor que el de no hacerlo”.

P.: Y la empresa para la que usted trabaja, ¿qué perspectiva ha adoptado?

CS.: Tenemos un parque de producción bastante bajo en emisiones, un plan de descarbonización muy ambicioso y creemos en la lucha contra el cambio climático como una obligación ética y moral pero también como una fuente de oportunidades. No nos gusta que nos metan en el mismo cajón de sastre que otras empresas que son muy diferentes a nosotros. De hecho, nuestros comentarios públicos en los trámites de audiencia que enviamos a la Administración, de cualquier signo que esta tenga, es siempre el mismo: el coste de

descarbonizar es mucho menor que el de no hacerlo. Y que cuanto más se tarde en actuar, más costoso será solucionar el problema. Ese es nuestro “mantra”.

Finalmente, no hay que olvidar que hay sectores, como la agricultura y la ganadería –que a su vez son claves en un modelo de alimentación actual que tiene muchos inconvenientes para el planeta– que también deben incorporarse a la solución del problema de sostenibilidad medioambiental. Como comenté antes, es tan grande el problema que no se puede dejar de tocar ninguna tecla.

P.: A pesar de que la Agenda 2030 ha identificado como objetivo el establecer alianzas entre los diversos actores que conforman nuestra sociedad (ODS 17), ¿Por qué existe todavía desconfianza entre las organizaciones de la sociedad civil y las empresas a la hora de aliarse para conseguir metas comunes y alcanzar la tan deseada sostenibilidad?

CS.: Yo creo que este tema está cambiando, y cada vez se están llevando a cabo más alianzas entre agentes que antaño era imposible que colaborasen. Hay siempre una primera fase, que yo llamo de “derribo de las barreras de desconfianza” que hay que pasar para ajustarse unos a otros y trabajar

en marcos de confianza: las ONG y las administraciones deben entender que los proyectos deben tener una rentabilidad que los haga sostenibles; las empresas y la administración deben entender la visión ciudadana y medioambiental que plantean las ONG y las empresas y las ONG deben entender el complejo papel que tienen las administraciones a la hora de establecer los marcos normativos.

En proyectos pilotos, como uno muy bonito (Alianza Shire) llevado a cabo para temas de electrificación en el campo de refugiados de Shire en Etiopía y que tuvo protagonistas de diversa índole (ACNUR, la AECID, ONG locales, empresas privadas —Iberdrola, Fundación Acciona y Philips, el ITD de la Politécnica de Madrid...—), se pudo comprobar que una vez superada la fase de barreras de desconfianza, el proyecto ha aprovechado de verdad lo mejor de cada una de las partes, permitiendo que 1+1 sea más de 2.

P.: Desde su experiencia en Iberdrola durante estos años: ¿Qué espacio real hay para la generación de “empleo verde”? ¿Y cuánto hay de “greenwashing”?

CS.: Nuestra experiencia demuestra que se pueden hacer inversiones alineadas con la sostenibilidad del planeta y la salud de los ciuda-

“Nuestra experiencia demuestra que se pueden hacer inversiones alineadas con la sostenibilidad del planeta y la salud de los ciudadanos y al mismo tiempo ser una empresa atractiva para los accionistas”.

danos y al mismo tiempo ser una empresa atractiva para los accionistas. Iberdrola hace 20 años hizo una apuesta muy fuerte por seguir las señales medioambientales que en su día daba el Protocolo de Kioto, empezando un proceso de inversión muy fuerte en energías renovables —en particular en eólica, donde recuerdo que éramos una especie de bicho raro, tanto que algún competidor nos llamaba “la empresa de los molinillos”— y empezando un cierre ordenado de nuestras centrales de petróleo y carbón. Pues bien, 20 años después, habiendo cerrado todas nuestras centrales de petróleo, y anunciado el cierre hace dos años de nuestras dos últimas centrales de carbón en el mundo; habiéndonos convertido en líder mundial de producción de eólica; siendo en los últimos tres años el principal emisor de bonos verdes; habiendo cambiado nuestro gobierno corpo-

rativo para incluir el Dividendo Social, los ODS y el cambio climático como un *driver* estratégico de la compañía; habiendo presentado públicamente ambiciosos planes de mitigación de emisiones para 2020, 2030, haciéndonos neutros en carbono en 2050; nuestros accionistas han visto, no sólo que no hemos comprometido nuestro crecimiento al apostar por la economía verde, sino que hemos pasado de ser la vigésima empresa del sector por capitalización bursátil a ser una de las cinco primeras, siendo líderes en producción de energía eólica a nivel mundial.

Además de lo ya hecho, tenemos claro que en el futuro hay que seguir la misma línea de invertir en energías bajas en carbono, como lo atestigua nuestro plan de inversiones de 34.000 a 2022. Todo esto, evidentemente, no es “*greenwashing*”. Claro que existe *greenwashing* en aquellas empresas que dicen que harán cosas en un futuro lejano pero que no han hecho nada a la fecha. Una empresa puede tener o provocar en la actualidad muchas emisiones porque sus activos no son bajos en carbono, y bienvenidas sean sus estrategias de descarbonización, pero las mismas deben concentrarse en el corto plazo y no en promesas para el largo plazo. Se necesitan actuaciones ambiciosas y urgentes.

P.: ¿Cuál es el papel de las empresas en un escenario de economía circular puro en el que debemos reducir, y mucho, el nivel de consumo, también el de energía?

CS.: La economía circular es una obligación, pero al igual que la lucha contra el cambio climático está llena de oportunidades para aquéllos que las quieran aprovechar. Donde unos ven residuos, otros ven posibles insumos aprovechables en procesos, existentes o nuevos, que mejoran la eficiencia global. Los productos que surjan de esa economía circular serán más atractivos para una sociedad y ciudadanía que, esperemos, sea cada vez más exigente. Como dije, el papel del ciudadano es clave.

También es importante señalar que un elemento clave de la descarbonización es la eficiencia energética. Y ello va a significar un trasvase de energías desde procesos actualmente ineficientes hacia procesos que mejoran el uso de la energía de manera significativa. Tal es el caso del uso del motor eléctrico en vez del de gasolina, que requiere consumos energéticos que llegan a ser la cuarta parte que los de un coche convencional; o la bomba de calor eléctrica que por su altísimo rendimiento desplazará a las calderas o aires acondicionados que usan gas; o las lámparas con tecnologías led... Esto significará

un aumento de la electricidad en detrimento de los combustibles fósiles, con una mejora global de la intensidad energética gracias a esa mayor eficiencia que aportan los equipos eléctricos.

P.: En los medios de comunicación se identifican varios actores clave de la transición ecológica: los organismos internacionales, las administraciones públicas, las empresas, las organizaciones de la sociedad civil y las universidades. ¿Echa alguno en falta? ¿En qué medida las tradiciones humanistas, la filosofía y la religión pueden también contribuir a este debate?

CS.: Yo creo que el listado dado es exhaustivo, sin perjuicio de que haya una involucración y concienciación mayor o menor en distintos colectivos. Es interesante el papel relevante que están adquiriendo en el proceso de descarbonización las administraciones sub-nacionales, como regiones o ciudades, estableciendo compromisos, nuevas normativas y restricciones para disminuir su huella de carbono en la lucha contra el cambio climático, y también para disminuir otros contaminantes que se generan también en la quema de combustibles fósiles (NOx, SOx y partículas), y que son tan nocivas para la salud.

Estas administraciones son muy ágiles en sus decisiones (más que, por ejemplo, las que requieren normas nacionales o acuerdos internacionales como el Acuerdo de París) y están muy cercanas a los problemas de salud de los ciudadanos. Siempre he pensado que la lucha por resolver el problema de la contaminación local, que no es cambio climático pero que está generado por las mismas fuentes (quema de combustibles fósiles) y tiene casi las mismas soluciones (renovables, vehículo eléctrico, bombas de calor, eficiencia...) va a ser un importante apoyo a la lucha contra el cambio climático.

También querría destacar el importante papel que está teniendo la juventud en reclamar la toma de soluciones por parte de quienes ostentan en este momento la capacidad de llevarlas a cabo.

Y, desde luego, es clave la movilización que se genera por parte de las tradiciones humanistas, los filósofos y las religiones. Se requiere de la concienciación y de la presión continua de todos, sobre todo de aquellos que son referentes de la sociedad. Estamos en lo que se ha venido en denominar una emergencia climática, ¡ahí es nada! Todas las religiones han tomado partido por la defensa de la casa común que es el planeta en que vivimos y en el que vivirán las

siguientes generaciones. El papa Francisco tiene un especial papel, no solo planteando una posición activista en su encíclica *Laudato si'*, sino en actuaciones y declaraciones posteriores.

Cada uno en su papel, sea institucional o sea individual, debe adoptar un papel de activista en la lucha contra el cambio climático. Nos jugamos mucho en ello y no podemos dejar de contar con nadie.

P.: ¿Cree que el sistema universitario español está ayudando a la transición ecológica que plantea la Agenda 2030 o, al contrario, está perpetuando el modelo de conocimiento que ha generado los problemas que enfrentamos?

CS.: Siempre he dicho a los amigos que tengo en la Universidad que ellos son clave para resolver los

“Cada uno en su papel, sea institucional o sea individual, debe adoptar un papel de activista en la lucha contra el cambio climático. Nos jugamos mucho en ello y no podemos dejar de contar con nadie”.

problemas que plantea la Agenda 2030. ¿Por qué? Porque vivimos en un mundo muy cortoplacista y sin luces largas (con muchas administraciones siempre mirando a las siguientes elecciones; con muchas empresas mirando solamente resultados anuales...) y muy radicalizado, con posturas poco empáticas para generar alianzas y crear situaciones “gana-gana”. Lo primero que puede ofrecer la Universidad es generar espacios de encuentro y debate entre los distintos actores, ya que, en general, es un territorio que tiende a ser visto como “neutral” y tendente a eliminar el radicalismo. En segundo lugar, también tiene que ser un aportador de las soluciones a los problemas planteados en la Agenda, no solo analizando y desarrollando nuevas tecnologías sostenibles en todos los campos del conocimiento que ayuden a resolver los problemas; nuevas formas de actuar; nuevas formas de relacionarnos; nuevas formas de cooperar; etc. Requerimos una universidad que lidere proyectos demostrativos pilotos, en alianza con ONG, empresas, administraciones, etc.

Es verdad que para que la universidad maximice el papel relevante que debería tener en la Agenda 2030, debe resolver los problemas que actualmente le impiden alcan-

zar dicho potencial en este nuevo entorno. Como le pasa a todo el resto de actores.

P.: Para alcanzar los ODS necesitamos investigación, innovación, financiación, valentía política y movilización social. Ahora bien, ¿en qué medida piensa que serán también necesarias transformaciones culturales profundas, que van más allá de la economía, la ciencia, la técnica y la política?

CS.: Efectivamente, requerimos lo que se denominaría una solución integral u holística. Hay que tocar todas las palancas dinamizadoras. Y si tenemos un modelo de producción y consumo insostenible que no sólo pone en riesgo el medioambiente, sino que genera desigualdades entre los seres que habitamos el planeta, tenemos que cambiar la cultura que lo soporta. Debemos ser capaces de hacer lo mismo usando menos. O incluso hacer menos cosas que son superfluas en algunos casos. Y activar mecanismos de redistribución del bienestar. La solidaridad muchas veces se impide o se anestesia por la existencia de trabas administrativas o de procesos bloqueantes o, incluso, porque en partes de la sociedad percibimos los graves problemas que existen en el planeta como algo lejano o ajeno. Y hay que ser realistas: la globalización tiene cosas buenas, pero también

“ Debemos ser capaces de hacer lo mismo usando menos. O incluso hacer menos cosas que son superfluas en algunos casos. Y activar mecanismos de redistribución del bienestar ” .

acerca los problemas antaño lejanos. El ébola, o las avispas asiáticas por poner solo algunos ejemplos actuales, pueden llegar al supuestamente “seguro” primer mundo en lo que tarda un viaje de avión. El uso y desecho de los plásticos, y su entrada en la cadena alimenticia de los animales que luego nos comemos, es un problema global. El calentamiento global y todos sus numerosos problemas colaterales que genera nos afecta a todos, aunque sean unos los que contaminan y otros no lo hagan.

Con lo anterior, ¿qué quiero decir? Que en el mundo de los ODS requerimos muchas de las palancas que han sido citadas, pero también un cambio de enfoque en nuestras relaciones humanas. Requerimos mucha más empatía para entender las necesidades y problemas de otros; requerimos más solidaridad para no dejar a nadie detrás e, incluso desde el punto de vista egoísta a quien no le apele todo

lo anterior, necesitamos ayudar a los otros a resolver sus problemas porque, en este mundo globalizado, sus problemas tarde o temprano, serán los nuestros. Miren sino las presiones migratorias que generan los problemas no resueltos en origen, la re-aparición de enfermedades que se pensaban ya erradicadas, o la rapidez de extensión de enfermedades a lo largo de diferentes geografías, la generación de conflictos armados por la existencia de situaciones insostenibles, etc.

Tenemos la Agenda 2030, que es la primera hoja de ruta para resolver los problemas del planeta que es compartida por todo el mundo.

Disponemos de mecanismos para apoyar a los colectivos vulnerables a través de transferencias financieras, formativas o tecnológicas. Tenemos la gran ventaja de que la tecnología existe para ayudarnos a solucionar gran parte de la Agenda 2030 de manera eficiente. Solo falta activar ese ecosistema de gobiernos, instituciones, ONG, empresas, universidades, y ciudadanos para implantar las soluciones cuanto antes. Al sapiens de hace 2000 años no le podríamos exigir que resolviese los graves problemas que tiene el planeta porque no tendría las capacidades para hacerlo. Nosotros no tenemos excusas, por lo que no tendríamos perdón. ■